

# SHERLOCK HOLMES Y LOS MÉDICOS

Dr. Miguel J. Maxit

«Pensar de tarde en Sherlock Holmes es una de las buenas costumbres que nos quedan»

JLBorges<sup>1</sup>

Una de las definiciones del cuento o novela policial (*detective story* o *roman policier*) es el de una historia de crimen y descubrimiento; éste a cargo de un detective, generalmente privado y con un asistente de inteligencia inferior. Iniciado el género por un francés, Émile Gaboriau (1832-73), alcanzó su culminación en las letras inglesas, y más tarde en el teatro y en el cinematógrafo. «Un buen cuento policial es la historia de la elucidación de un problema, la cual se alcanza por inferencia y deducción a partir de los datos otorgados a lo largo de la narración»<sup>2</sup>. El lector inteligente debería por sí mismo llegar a la solución. Si fracasa y sigue leyendo sabrá cómo el detective logra el éxito con el razonamiento que el lector debió haber usado.

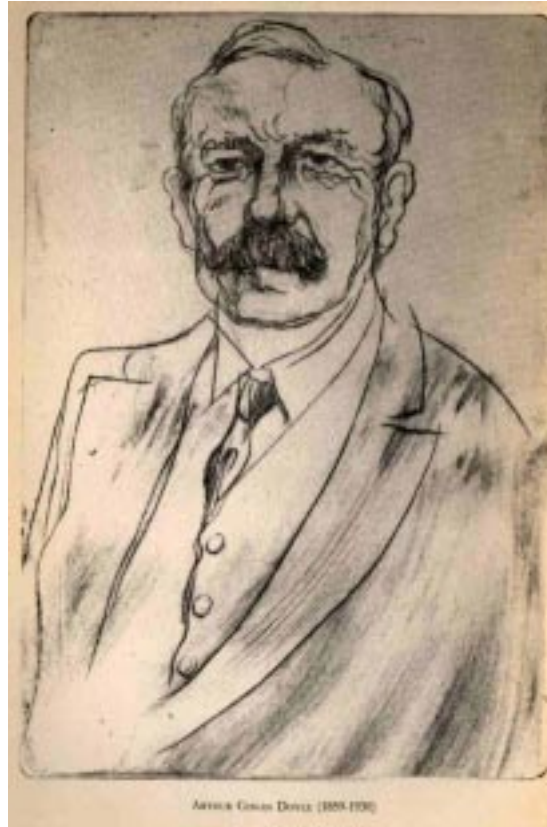
Cambiando algunos términos -crimen por enfermedad, detective por médico- tenemos ahí gran parte de lo que se plantea en una consulta médica: la búsqueda de un diagnóstico. El diagnosticar es así una actividad detectivesca: en ambas está supuesta una conclusión optimista; el hecho policial podrá ser resuelto, así como la enfermedad podrá diagnosticarse con certeza. Ambos tendrán, en palabras de una escritora de historias policiales, Dorothy Sayers, «una solución completa, final y única. En el profundo deseo de esto radicaría la extraordinaria popularidad de la ficción detectivesca»<sup>3</sup>.

De los médicos y de los detectives se espera la restauración de un orden. Para ambos tiene fundamental importancia la violencia ejercida sobre el cuerpo. La labor de ambos será apreciada como restauración a un orden que no debió ser quebrado<sup>4</sup>.

Entre nosotros, Elvio E. Gandolfo señaló que el detective es no sólo un justiciero, sino un terapeuta, quien desentrañando confusas historias pasadas, lleva alivio

psicológico a las personas implicadas<sup>5</sup>.

La similitud más obvia entre un cuento policial y la labor detectivesca del médico aparece quizá en los ejercicios anatómicos, en los cuales un médico (en general no comprometido en el cuidado del enfermo) debe llegar al diagnóstico de la enfermedad, razonando sobre toda la información contenida en la historia clínica y el espectro de sus conocimientos. Todos los que hemos participado de estos ejercicios conocemos el suspenso de los mismos.



Arthur Conan Doyle (1859-1930)

do Conan Doyle comenzó a gestar las aventuras y personajes que lo harían célebre. Conocía la frase de Goethe en que se lamentaba que la naturaleza hubiera hecho un solo hombre dónde había madera suficiente para sacar una persona honrada y un bribón. De sí mismo extraería un agudo detective y un médico comprensivo y querible.

Dos maestros indiscutidos parece haber tenido Conan Doyle: Edgar Allan Poe, cuyos cuentos leyera como estudiante, y el Dr. Joseph Bell, famoso cirujano de la época. Joseph Bell «con su cara de águila, sus manías, sus modos hechiceros de señalar los detalles» nació en Edinburgo, donde fue educado. En 1869 perdió su postulación a la Cátedra de Clínica Quirúrgica ante el Dr. J. Lister, pero continuó enseñando esta disciplina en la Royal Infirmary (donde Conan Doyle fue su ayu-

dante) y editando durante veintiún años el *Edinburgh Medical Journal*. Además de ser un médico notable, era también un lector voraz, un poeta ocasional, un entusiasta deportista y un completo naturalista. Más allá de su destreza quirúrgica, Conan Doyle decía de él que «*su fuerte era el diagnóstico, no sólo de una enfermedad, sino de la ocupación y carácter*». El consejo de Bell era que no sólo un médico debía ser docto, sino también inmensamente interpretativo de todos los rasgos relevantes de su paciente. Enseñaba que el diagnóstico se hacía no sólo por observación visual, sino con el empleo de todos los sentidos: el conocimiento de dialectos, los rasgos físicos y de la vestimenta, las manchas de barro en los botines, el domicilio en tal o cual barrio; todo ayudaba para que el Dr. J. Bell hiciera su diagnóstico exacto. Uno de los tantos consejos que legó a sus alumnos fue el que «saber evaluar las menores diferencias y su apreciación inteligente y precisa es el factor realmente esencial en el diagnóstico médico exitoso»<sup>6</sup>.

Con respecto a Poe, la admiración de Conan Doyle era ilimitada; como lo manifestara en New York (1894) «Su detective...Dupin es el mejor de la ficción; no hago excepciones. Dupin no tiene rivales. Fue Poe quien nos enseñó a hacer de un cuento de detectives una obra de literatura»<sup>7</sup>.

Conan Doyle imaginó al Dr. John H. Watson como un médico graduado en 1878 de la Universidad de Londres, después de haber sido educado en el Hospital de San Bartolomé. Luego de graduarse debió cumplir un curso obligatorio de médico cirujano en el ejército, a lo cual siguieron años de aventuras y vicisitudes. De regreso en Londres, el encuentro casual con un condiscípulo lo pone en contacto con alguien que, como él, buscaba compartir habitaciones cómodas y baratas, hombre de «*ideas raras, entusiasmado por determinadas ramas de las ciencias*»: el Sr. Sherlock Holmes. Fue este uno de los encuentros memorables de la literatura. El Dr. Watson es rápidamente sorprendido por el saludo de Sherlock Holmes «-¿Cómo está Ud?, y estrechando mi mano con una fuerza que estaba lejos de suponerle. -Por lo que veo, ha estado Ud. en Afganistán».

Aquí está Sherlock Holmes en estado puro: una mirada rápida y honda, seguida casi instantáneamente de deducciones certeras.

Si bien por su profesión, el Dr. Watson debió ser quien reflejara mejor la educación y experiencia médica de Conan Doyle, creo que esto es privilegio de Sherlock Holmes, en quien la capacidad de observación, deducción y análisis que emplea en la investigación policial tienen mucho de las premisas que se ponen en juego en el diagnóstico médico.

El Dr. Watson era un compañero servicial y amable, y fue quien compiló y publicó las aventuras de su amigo; tuvo una práctica médica incierta y un desdibujado matrimonio. Watson es «el estado de admiración» por Holmes.

Conan Doyle hizo nacer a Sherlock Holmes el 6 de enero de 1858, en una familia de la nobleza rural inglesa. Fue esencialmente un autodidacta, con conocimientos nulos de filosofía y literatura -lo cuál es desmentido en algunos diálogos- menores en botánica y geología, exactos en química y profundos en anatomía e historias de la prensa amarilla. Experto boxeador y esgrimista, un violinista que solía improvisar largamente, afecto a la morfina y sobre todo a la cocaína, que lo rescataban del tedio en que caía sumido cuando algún enigma no lo tenía en vilo. Misógino inveterado «*era accesible por el lado de la lisonja y también, para hacerle justicia, por el lado de la benevolencia*». Era «*esencialmente un hombre de hábitos estrechos y concentrados, lector omnívoro, con una memoria curiosamente retenedora de minucias, y se reconocía poseedor de vastos conocimientos inusuales, sin base científica, pero útiles a su profesión*».

- «*Por lo que veo ha estado Ud. en Afgansitán*», su famoso comentario a Watson después de saludarlo es un ejemplo de su rápido análisis, que tenían para sus oyentes -o lectores- algo asombroso. En pocos segundos Sherlock Holmes apreció un cuerpo convaleciente, secuelas de una herida, una tez fuertemente castigada por el sol, pero muñecas pálidas por la protección de un uniforme. ¿De dónde podía regresar un médico con esas características? Entonces -casi como hoy- de Afganistán.

Todos los trabajos de Sherlock Holmes se habían mantenido al margen de la policía establecida, con la cual colaboraba en ocasiones, no sin ironías ni fricciones. Lo que separaba a Holmes de ellos era la distancia entre un teórico y un práctico, chapucero a veces o simples profesores en sentido común. Sherlock Holmes investigaba la mejor reacción para determinar sangre oculta, o la marca de los golpes en la carne humana, o el análisis de cenizas de más de ciento-cuarenta variedades de tabaco; pero, sobre todo, los diferenciaba su rara capacidad para observar y deducir.

La mirada que dirigió a Watson y que le permitió conocer rápidamente el pasado mediato de su futuro compañero fue la mirada de un naturalista. Tal como lo señalara John A. Ryle en su conferencia «El médico como naturalista»<sup>8</sup>: «si bien ahora las funciones de un médico son múltiples, la habilidad del médico es un índice de su aptitud y entrenamiento como observador de la naturaleza». «Destrezas en diagnóstico y pronóstico llegan sólo con una cuidadosa y continuada enseñanza de la observación».

«Naturalistas los hay de muchos tipos y credos, pero tienen ciertos atributos en común y notablemente el deseo de establecer la verdad de las cosas por observar y registrar, por clarificación y análisis». La observación debe ser «aguzada» y anotaba más adelante que este temperamento es expansivo y poco proclive a la especialización. «El observador usa los lentos, vastos y difíciles experimentos de la naturaleza»<sup>8</sup>.

Ryle quería enfatizar la importancia de la «rápida

percepción, rápida memoria y rápida relación y aplicación del problema actual a las experiencias pasadas»<sup>8</sup>. «Observar atentamente es recordar distintamente» nos advierte Poe en «Los asesinatos en la Rue Morgue»<sup>9</sup>.

Es sobre todo en los cuentos protagonizados por Sherlock Holmes más que en las novelas, cuando la aventura narrada tiene la estructura de una consulta médica. Suena un timbre y Sherlock Holmes es apartado de sus ocupaciones para recibir un visitante, en general sobresaltado quien, como ante un médico, y a veces como a un confesor, le plantea un problema. ¿Cómo comenzar?. Holmes decía que aprendiendo a «*Leer de una sola ojeada cual es el oficio o profesión que pertenece; que puede revelársenos ya por las uñas de los dedos de sus manos, ya por la rodillera de sus pantalones, ya por las callosidades de sus dedos índice y pulgar, ya por su expresión o por los puños de su camisa. Resulta inconcebible que todas esas cosas reunidas no lleguen a mostrarle claro el problema a un observador competente*». «*Siempre mire a las manos primero, Watson, luego los puños, las rodilleras y las botas*».

La observación está lanzada sobre el visitante, luego sobre el lugar en que se desarrolló el delito. Holmes recorre el lugar físico como un sabueso, con cinta métrica y lupa, chapurreando consigo mismo, apoyando su cara a las paredes o al suelo, manteniendo un fuego graneado de exclamaciones, gemidos, silbidos y pequeños gritos, que daban «*la impresión de que el mismo se daba ánimos y esperanza*». Había casi una imagen de placer físico en esa búsqueda, que era también tremendamente paciente. «*Afirman que el genio es la capacidad infinita de tomarse molestias*» (El primero que habría dicho esto fue Buffon, Valery lo repetiría más tarde). Holmes observa. Así registra los datos. «*La observación perfecta es más complicada de lo que parece. Porque el mundo está lleno de cosas evidentes, en las que nadie se fija ni por casualidad*», porque hay «*que saber leer las grandes cosas en las cosas pequeñas*». Porque vemos sin observar («*ha visto muchas veces los escalones que llevan a la entrada-Sí, muchas-¿Cuántas?*»); por lo cual hay que entrenarse a darse cuenta de lo que vemos. No sólo hay que mirar, sino saber *dónde* mirar. «*Observar, que hasta cierto punto comprende la facultad de deducir*» Sólo hasta cierto punto.

La facultad de deducción -nos dice- es contagiosa. Inducción y deducción pueden ser enseñadas. Muestra que los casos sencillos pueden ser extraordinariamente difíciles y que aquello que se sale de lo corriente constituye de manera invariable una pista. «*Uno debe buscar siempre por alternativas posibles, y suministrar razones contra ellas. Esta es la regla primera de una investigación criminal*». ¿No lo es acaso para todo diagnóstico médico?

Pese a que Conan Doyle titula a dos de los capítulos de sus dos novelas «La ciencia de la deducción», el razonamiento lógico de Sherlock Holmes procede más por inducción (de observaciones particulares a conclusiones generales) que por deducción (de lo general a lo particular). La primera es más habitual en las ciencias naturales; la deducción en campos teóricos: la matemá-

tica y la filosofía<sup>10</sup>.

Observa y deduce para conocer los hechos; tan difícil «*es a veces luchar con ellos sin tener que correr en persecución de teorías y fantasías*». Nos recuerda que «*nada tan engañoso como un hecho evidente*» y a no confiar en las impresiones generales sino a «*concentrarse en los detalles*». Cuidar que en el análisis del hecho no haya «*demasiados datos*», pues lo que es vital puede estar cubierto y oculto por lo irrelevante. «*De todos los hechos que se nos presentaron, tuvimos que escoger los que juzgamos esenciales...*»

Es una «*falta capital teorizar antes de tener datos, pues sin querer se comienzan a retorcer los hechos para que se adapten a las teorías, en vez de ver que las teorías se correspondan con los hechos*». «*La tentación de construir teorías prematuras sobre información insuficiente es la ruina de la profesión*».

«*Las pruebas circunstanciales son muy engañosas; quizá parezca en ocasiones apuntar en línea recta hacia una cosa, pero si buscamos un punto de mira algo más alto, nos encontramos con que apuntan también hacia algo completamente distinto*». «*Debemos mirar por consistencia. Cuando esta falta, debemos sospechar engaño*».

«*Si Ud. encuentra los hechos, son quizás otros los que encontrarán la explicación*». «*Deberíamos saber que cuando un hecho parece contradecir un largo cortejo de deducciones resulta de manera invariable capaz de ser interpretado de manera diferente*». Es necesario captar desde el principio de una investigación «*la clave auténtica*». «*Es un error confundir lo extraordinario con lo misterioso*» «*Formamos teorías provisionales y esperamos que el tiempo o un conocimiento más completo las refute. Un mal hábito...pero la naturaleza es débil*». Recordar que cuando «*usted ha eliminado todo aquello que es imposible, cualquier cosa que permanezca, por improbable que parezca, es la verdad*».

Sherlock Holmes nos aconseja no formar teorías prematuras. Algunos han advertido que en esto Sherlock Holmes estaba equivocado. Como lo señalara Irving Copi: «*No se debe emitir un juicio final antes de haber examinado gran cantidad de datos, pero esto es algo muy distinto de no teorizar*». «*De hecho, es completamente imposible hacer un intento serio por reunir datos sin haber teorizado de antemano*» «*Toda observación debe estar en pro o en contra de algún punto de vista para que pueda prestar algún servicio*» observó Charles Darwin<sup>10</sup>.

Toda hipótesis necesita probablemente de una hipótesis preliminar, que es modificada o refinada por los hechos.

Holmes describía el proceso de inventar hipótesis como un razonamiento hacia atrás: «*Si Ud. describe una serie de acontecimientos a la mayoría de las personas, estas dirán cuál puede ser el resultado...Pero hay pocas personas que sean capaces, si Ud. les dice un resultado, de elaborar por su propio razonamiento cuáles fueron los pasos que conduje-*

ron a ese resultado».

Sherlock Holmes consideraba que «una mezcla de imaginación y realidad es la base de mi arte». Es la imaginación lo que podría haberlo llevado «muy lejos» en su profesión.

«- Mis hechos no pueden negarse...Eran de hierro. Ninguna síntesis impide que dos y uno sean tres.

-Al contrario, dos y uno pueden ser veintiuno, o doce, o medio. ¿Por qué apresurarse a sacar conclusiones?» Así dialogaban dos protagonistas de otrora famosa aventura policial<sup>11</sup>.

Una prueba de cómo la imaginación puede jugar con los «hechos» y abrir diferentes perspectivas.

Las historias y novelas de Sherlock Holmes registran sus éxitos, así como en general los trabajos y las revistas médicas tienden a enfatizar los resultados positivos. Hay una clara honradez cuando el detective nos dice que «algunos de sus casos y no los menos interesantes, fueron fracasos completos, y como tales no soportan ser narrados, puesto que no se llega a una solución final. Un problema sin solución puede interesar al estudiante pero difícilmente dejará de aburrir al lector común». ¡Cuántos problemas médicos, y no los menos interesantes, quedan así, suspendidos en las historias clínicas y en la memoria de sus protagonistas...a veces aclarados al cabo de años y nuevos conocimientos!. Hacia esos casos «inconclusos» tenía Holmes un cierto cariño. «Levantó esos registros con particular ternura, casi acariciándolos, levantó montón tras montón...». Holmes leía y releía los casos viejos -solucionados o no, propios o ajenos. «Debería Ud. leerlos. Nada nuevo hay bajo el sol. Todo ha sido ya hecho». Es valioso buscar el consejo de los viejos y más experimentados. «La interrelación de ideas y los usos indirectos del conocimiento, son a veces de extraordinario interés».

Si bien Conan Doyle no fue un médico exitoso, fue sí un narrador de singular popularidad, además de un protagonista destacado en campos muy diversos, lo que parece increíble a los lectores de su biografía<sup>7</sup>. Conocida fue su decisión de librarse de Sherlock Holmes -una caída accidental en una catarata- ¿Obedeció esto a un deseo inconciente de terminar con quien le recordaba sus días médicos?; ¿fue ese un final abierto que le permitió resucitarlo, por consejo de su madre, cuando su popularidad menguaba?. Hay que recordar que escribió numerosas novelas históricas -eran sus preferidas, así como lo fueron para W. Churchill; de ciencia ficción, aventuras y también sobre médicos. Al final de su vida se dedicó al espiritismo y aplicó conocimientos científicos tratando de fotografiar espíritus. ¿Fue ésta la culminación o un apartarse del optimismo victoriano?. Identificado con su héroe más popular -pues tuvo otros- participó en la elucidación de casos policíacos. El más famoso de estos vinculado a la presunta culpabilidad de George Edalji; si bien logró comprobar la inocencia de su defendido, dejó no obstante un gusto amargo en

su boca: la justicia británica no estaba a la altura de lo que él esperaba. Con los años, las reglas del relato policial que ayudó a crear fueron cambiando. Los primeros detectives en la ficción -como lo señala A. Moravia -iban del misterio a la verdad y la racionalidad. Algunos escritores modernos como Sciascia «han puesto al género patas para arriba. Tenemos el crimen y su investigador, pero nunca se llega a la individualización del culpable ni a su condena, no se llega a la solución del drama ni a la sutura del desgarrón del cuerpo social...Sciascia va de la racionalidad y la verdad al misterio»<sup>12</sup>.

La mirada descriptiva de J. Bell y de Sherlock Holmes ha también cambiado. Las grandes descripciones clínicas no son tal vez de nuestra época. La admiración de Foucault se detiene ante las descripciones de Laennec de un hígado cirrótico<sup>13</sup>. Una historia clínica puede tener hoy más cifras que descripciones cualitativas. La probabilidad, el análisis bayesiano, las pruebas de sensibilidad y especificidad ante una maniobra semiológica o un test de laboratorio, entran ahora en «la mirada» del clínico. Queda, cierto y constantemente, el sufrimiento, quizá aquello que miraba más Watson. «La visión del sufrimiento es en sí la más preciosa de todas las lecciones para un mundo impaciente». Pero otra vez, la frase es de Holmes.

#### BIBLIOGRAFÍA

1. Borges JL. Sherlock Holmes. En: Los conjurados. Editorial Alianza. Madrid 1985; pág. 49
2. Crofts FW. Enemy unseen. Hodder Stoughton, London 1945; pág. 123-4
3. Sayers D. Problem picture. En: The mind of the maker. Harper-Row. New York 1987; pág.181-216.
4. Davidoff F. Mystery, murder and medicine: reading the clues. ACP Observer 1995 (American College of Physicians).
5. Gandolfo E. Prólogo a: El cuento policial. CEAL. Bs. As 1981;7
6. Gordon R. Literary companion to medicine. St Martin Press. New York 1993; pág.304
7. Booth M. The doctor and the detective. St. Martin Minotaur. New York 2000; pág.105
8. Ryle J. The physician as naturalist. Guy's Hospital Report. Londres 1931; pág. 278-95
9. Poe EA. Narraciones extraordinarias. Salvat Editores SA. España 1969; pág. 33
10. Copi I. Introducción a la lógica. Eudeba. Bs. As. 1962;384-90
11. Phillpotts Eden. Los rojos, Redmayne. Hyspamérica. Bs. As 1985; pág. 183
12. Consolo Vincenzo. Siniestras galerías del crimen. La Nación, Cultura. 10 de enero de 2000.
13. Foucault M. El nacimiento de la clínica. Siglo XXI Editores. 1966, pág. 241

Las citas en cursiva corresponden a palabras de Sherlock Holmes tomadas de los siguientes libros de Sir Arthur Conan Doyle:

- The casebook of Sherlock Holmes. Penguin books 1997
- Las memorias de Sherlock Holmes. Hyspamérica. EGA Madrid 1983
- El signo de los cuatro. Cultura. Edicomunicación. Barcelona España 1999
- El sabueso de Baskerville. Ed. Optima. Barcelona 2000.
- The valley of fear. John Murray (Publishers). Ltd 1974
- Las aventuras de Sherlock Holmes. Bruguera SA 1982. España.